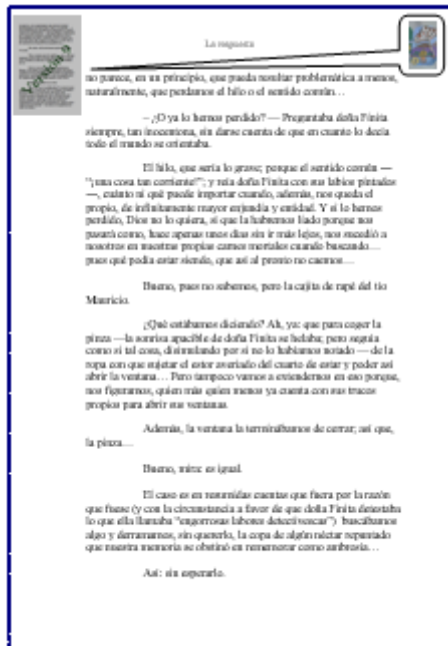


Transgresiones de la sensibilidad

Ahí estaba el propio interesado



en persona, afirmando que no, que nunca, jamás de los jamases había sido niño pese a haberlo deseado, y rogado y suplicado e incluso pataleado y berreado preguntando por qué no, *¿por qué no puedo yo ser nunca niño, mientras que otros...*



Sin ni poder, el pobre, enjugándose las lágrimas con el pañuelito de batista suiza que doña Magdalena se sacaba —

tan precavida siempre — de la manga y le ofrecía solícita, terminar la frase, quebrada la voz por la congoja.

O, si podía; que a veces podía y se soltaba a largar sus quejas tan de corrido que se hacía necesario echarle el alto porque, y que *a ver*, lo amonestaba la madre, *si somos capaces, tesoro, de ser un poquito más templado, menos pasional* porque, estaba ella segura conociéndolo, como lo conocía, como si lo hubiese parido, *tú sabes*, él sabía.

Y, sí, sabía; sabía refrenarse, controlar la emoción y contener las lágrimas mientras que otros...

— ¿Qué? — un clamor de voces, encrespadas unas, asombradas otras, amilanada alguna y, no podían faltar, no pocas socarronas —, ¿Qué los demás no sabíamos?

— Oh. Pero claro que sabíais, ¿quién podría dudarle después de tan larga experiencia, y tan demostrada a lo largo de tantísimos años?

Pero que, esta vez, esta en concreto — precisaba don Aquilino con leves golpecitos del puntero sobre las coordenadas exactas — y porque la conjunción de los astros, o porque la luna en cualquiera de sus cuartos o en su novedad o en su entereza así los estuviera afectando, o el equinoccio o el solsticio anduvieran haciendo de las suyas o las fuerzas telúricas (y vaya nadie a saber a estas alturas si las cósmicas) estuviesen revueltas, esta vez

Transgresiones de la sensibilidad

Ahí estaba el propio interesado

en concreto y para marcar un hito en *nuestra historia, os habéis precipitado.*

– ¿Precipitado? — todos.

– Todos, sí.

– ¿Y al unísono?

– ¡Pues claro que al unísono! O, ¿qué queríais?, ¿qué esperabais?, ¿ir cada uno por su cuenta, a su aire, sin orden ni el mínimo de concierto para...

– Ah. Claro — una voz cantante, en un solo que si no exactamente de tenor podía servir para salir del paso —, que era eso...

– ¡Pues naturalmente que era eso!

Y que qué otra cosa podía ser ni para qué el concierto sino para aguardar, en silencio como siempre y con la perfecta e impecable compostura de siempre, a que, con exactamente el mismo retraso de siempre, llegase la señorita a interrumpir, en puntualmente el tercer punto suspensivo de siempre, su muy balbuciente y afligido — lo evocaba el cuitado con profunda amargura — *mientras que otros...*

